

## Trabajadores Electricistas

# Requisitos Para la Unidad

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

LA semana pasada, el Sindicato Unico de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana formuló varias demandas al gobierno de la República. Desde el punto de vista laboral, interesa detenerse en un planteamiento implícito en el documento del SUTERM, que es la unidad de todo el gremio electricista del país.

Como se recuerda, el SUTERM nació el 20 de noviembre del año pasado de la fusión del Sindicato Nacional de Electricistas, Similares y Conexos (titular desde siempre del contrato con la Comisión Federal de Electricidad) y el Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (nacido de la Federación Nacional Eléctrica, en que se agrupaban los pequeños sindicatos de las empresas controladas por la American Bond and Share).

Por su parte, titular del contrato con la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz (hoy Compañía de Luz y Fuerza del Centro y otras empresas de ciudades aledañas al Distrito Federal) existe el Sindicato Mexicano de Electricistas, el más antiguo de todos, pero el que tiene la posición más precaria ahora: al pedirse la fusión de la CLFC con la CFE se está emplazando al SME a que se integre al SUTERM, que se bautizó "único" como un adelanto de cuál es su aspiración.

La fusión del SNESCRM es un proceso todavía inacabado: las diversas estructuras, los diferentes estilos imperantes en cada uno de los sindicatos que le dieron origen no han propiciado la integración aunque sí han permitido —contra lo que algunos creímos— algunos buenos frutos, como el documento a que nos referimos.

★  
A pesar de la erguida lucha jurídica que el SUTERM entabló casi hasta el último momento para preservar su existencia, los factores objetivos estaban en su contra. Ahora sucede lo mismo con el SME. Ya no es discutible, hasta donde parece, si será absorbido por el SUTERM, sino cuándo y sobre todo en qué condiciones.

A nadie se le escapa el carácter singular que tiene el SME: se trata de un sindicato donde la democracia, con todos los matices que se quiera, es un hecho comprobable. Si bien existe la posibilidad de que sus dirigentes se relijan, hay una opinión sindical organizada que dificulta la eternización en los cargos gremiales, lo que sin embargo no ha impedido la formación de grupos de negociadores sindicales capaces, que han conseguido, desde que la empresa era cabalmente extranjera, contrataciones ejemplares.

Por otro lado, el SME no participa en política electoral. No forma parte de ninguna central y por lo tanto tampoco está afiliado colectivamente al PRI, como sí lo está el SUTERM y antes lo estuvo el SNESCRM. El sindicato de Rafael Galván era independiente, pero su líder no lo era, al punto que fue senador de la República.

Por lo menos estas tres condiciones: democracia interna, eficacia contractual, independencia respecto del poder público, tendrían que satisfacerse para que la absorción del SME por el SUTERM no fuese una pérdida para el sindicalismo mexicano. Es improbable que tales requisitos se cumplan. Sobre todo el último.

En efecto, la vinculación del sindicato de electricistas al gobierno será tanto más necesaria para éste cuanto mayor sea la fuerza de aquél. Es claro que, en las actuales condiciones del obrerismo mexicano, el régimen no puede permitirse el lujo de tener eventualmente frente a sí a un sindicato tan poderoso como el que reuniera a todos los electricistas. Si el gobierno no deberá esperarse, pues, como resultado de la democracia interna, sino que tendrá que obtenerse a través de la democracia interna, se deberá luchar por conquistarla cada día.

## Otras Deserciones

# El Fantasma de la Abstención

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

**D**E pronto, hace unos meses, el gobierno y su partido —separables sólo en cuanto tienen domicilios diferentes— iniciaron una intensa campaña contra el abstencionismo. Ese es el enemigo, dijeron. Y la mayor parte de los mexicanos participantes nos hicimos, en público o en privado, eco de esa preocupación oficial, ya fuera para pontificar que el alejamiento creciente —así se nos dio a entender que era— significaba un repudio al aparato político del gobierno, ya para indicar cómo era una muestra de la necesidad de mayor participación cívica de los ciudadanos.

Hasta donde sabemos, a nadie se le ocurrió comprobar si en efecto el abstencionismo ha crecido como se supone. Y al verificar las cifras, por lo menos las referidas a las elecciones presidenciales, se descubre que las abstenciones disminuyen en vez de aumentar. Y si bien los comicios para renovar la Cámara de Diputados atraen menos clientela, seguramente las tendencias no se modifican.

En 1946, el abstencionismo fue muy elevado. Sin duda, la desilusión ciudadana posterior a las elecciones de 1940 causó que el porcentaje de abstenciones llegara hasta el 79 por ciento. En 1952 disminuyó ligeramente, al 72 por ciento; se abatió al 51 por ciento en 1958; fue del 46 por ciento en 1964 y en 1970 llegó al 35.22 por ciento. Es, pues, evidente la tendencia a la disminución.

¿A qué se debe, entonces, la preocupación oficial, o por lo menos la campaña que se supone refleja aquella preocupación?

Debe pensarse que el gobierno y el partido tienen una preocupación legítima por la abstención y que, aun sabiendo que ésta se achica cada vez más, han creído pertinente fortalecer esta tendencia.

★  
**P**ERO cabe también otra posibilidad. Consiste en que deliberadamente se erige un fantasma, con base en la común ignorancia sobre nuestra realidad política. A tanto machacar sobre el abstencionismo creciente, lo hemos llegado a asumir como una realidad. Y así, después del 1.º de julio, en que se vea que no hubo tal alejamiento de las urnas, se podrá proclamar que la crecida asistencia, triunfo de aquella preocupación y de aquella campaña, ratifica la aceptación ciudadana del sistema vigente.

Al concentrar la atención sobre el problema formal que son las elecciones, se desvían las preocupaciones nacionales sobre otros asuntos medulares. No queremos decir que las elecciones no sean importantes, pero sí que la superficialidad de la campaña que las precede es una especie de disfraz para ocultar los problemas reales.

Convertidas en mero acto ritual, los comicios significan lo que la misa dominical para muchos practicantes católicos. Se desea que basta cumplir con los oficios para ser plenamente católico. Así, se piensa que basta promover la asistencia de los ciudadanos a las urnas para ser plenamente democrático.

Y no es así. El pueblo y el gobierno son responsables de otras deserciones, más importantes, porque son más de fondo que la abstención. Sobran ejemplos. Para sólo citar dos “de la más rabiosa actualidad” y no porque sean los de mayor relevancia: se sabe ahora, por declaraciones oficiales de la Casa Blanca y de ex funcionarios de ella, en testimonio ante un comité senatorial, que la CIA trabaja clandestinamente en México. ¿No es una deserción oficial no pedir explicaciones? ¿No lo es, igualmente, dejar que no se resuelva el problema de la salinización del Valle de Mexicali y que ni siquiera conozca el pueblo de México la respectiva proposición norteamericana?

Y sin embargo, el canciller no se ha caído del caballo.